

# CARTAGO Y ALEJANDRO. EL PROBLEMÁTICO RASTREO DE UNAS RELACIONES

CHRISTIAN SAN JOSÉ CAMPOS  
*Sanjog97@outlook.com*  
*Universidad de Alcalá de Henares*  
*Madrid, España*

## **Summary: Carthage and Alexander. The troublesome Tracing of Relationships**

The aim of this paper is to analyze the bond of Carthage with the figure of Alexander the Great. In order to accomplish it, this study tracks the scarce but important information preserved in classic sources in order to analyze them and contextualize their data. The study will mainly focus on the following scenarios: the siege of Tyre in 332 BC, the alleged Carthaginian espionage on Alexander's ranks and the diplomatic parish received by the Macedonian in 323 BC in Babylon. Moreover, it will also briefly address the *Hypomnemata* and the Last Plans. Finally, concise conclusions are drawn that refute Alexander's traditional hostile thinking and anti-Carthaginian approach.

**Keywords:** Carthage – Alexander – Tyre – Babylon

## **Resumen: Cartago y Alejandro. El problemático rastreo de unas relaciones**

El objetivo del presente artículo es analizar el vínculo de Cartago con la figura de Alejandro Magno. Para la consecución de dicho objetivo, este estudio rastrea la escasa pero importante información conservada en las fuentes clásicas para analizar y contextualizar la información aportada. El estudio se centrará principalmente en los siguientes escenarios: el asedio de Tiro en el 332 a.C., el supuesto espionaje cartaginés en las filas de Alejandro y las embajadas diplomáticas recibidas por el macedonio en el 323 a.C. en Babilonia. Además, también se abordarán brevemente los *Hypomnemata* y los Últimos Planes. Finalmente, se aportan unas concisas conclusiones que desmienten el tradicional pensamiento hostil y enfoque anti-cartaginés de Alejandro.

**Palabras clave:** Cartago – Alejandro – Tiro – Babilonia

Artículo recibido: 22 de octubre, 2021; aprobado: 14 de abril, 2022.

No son muchos los personajes que, a lo largo de la historia, han logrado articular su vida y obra con el objetivo de crear una poderosa imagen cuya sombra rebasase el angosto cauce que separa la historia de la leyenda. De entre todos los posibles modelos, Alejandro Magno sigue siendo el ejemplo paradigmático. El desplazamiento constante de Alejandro entre la realidad histórica y la ficción legendaria fue iniciado por el propio macedonio, obsesionado por la difusión medida de su conveniente imagen. Esta distorsión original, agravada por unas fuentes primarias perdidas, empeorada por la distancia espacio-temporal de las fuentes conservadas y adulterada por la corrupción personal, política o propagandística de los textos, permite considerar a Alejandro como un elemento de estudio variable. En este sentido, abordado y diseccionado por infinidad de autores, la figura del conquistador se estima como inigualable en cuanto a visiones y focos de estudio, adquiriendo, con el tiempo, las características míticas de quien puede representar todo lo que otros quieren atribuirle<sup>1</sup>.

Dentro de su prácticamente infinita bibliografía, el tratamiento de la cuestión cartaginesa ha sido relegado a un plano de olvido, siendo únicamente analizado en lo referente a los debatibles y debatidos Últimos Planes. Algunos ejemplos de este carácter más que secundario los encontramos en la obra de Maxwell O'Brien, *Alexander the Great. The Invisible Enemy* de 1992, en el magnífico trabajo de Francisco Javier Gómez Espelosín, *La leyenda de Alejandro: mito, historiografía y propaganda* de 2007, en el excelente estudio de Pierre Briant, *Alexander the Great and his Empire* de 2010 o en el espléndido análisis de Waldemar Heckel, *Las conquistas de Alejandro Magno* de 2010<sup>2</sup>.

Por su lado, el legado histórico de la civilización cartaginesa tuvo como eje central de su desarrollo y espejo distorsionador de su historia las denominadas Guerras Púnicas, desencadenante final de la

<sup>1</sup> La bibliografía sobre Alejandro III de Macedonia es inabarcable, no obstante, sobre la cuestión de las fuentes y su rastreo: Pédech 1984; Hammond 1993; Carney 2000: 263-285; Baynham 2003: 3-30; Zambrini 2007: 210-220; Gómez Espelosín, 2015; Nawotka, Rollinger, Wiesehöfer y Wojciechowska 2018.

<sup>2</sup> O'Brien 1992: 208-213; Gómez Espelosín 2007: 222-226; Briant 2010: 38-41; Heckel 2010: 195-196.

eliminación de los registros cartagineses, independientemente de su naturaleza, generando un relato histórico basado estrictamente en perspectivas ajenas, las griegas y las romanas<sup>3</sup>. Siguiendo estos principios, la tradición académica cartaginesa ha centrado sus esfuerzos en la relectura y recomposición de su legado histórico, insistiendo en la investigación de cuestiones, *a priori*, más interesantes o trascendentales, relegando la cuestión de la relación con Alejandro a un olvido perpetuo. Únicamente el erudito alemán Werner Huss dedicó algo de atención a ésta problemática en su artículo “Die beziehungen zwischen Karthago und Ägypten in Hellenistischer Zeit”, de 1979, con sus consecuentes repercusiones en la obra *Die Karthager* de 1990<sup>4</sup>. Por tanto, y frente a este panorama, el presente trabajo pretende abordar una de las cuestiones menos tratadas tanto en la basta bibliografía del macedonio como en los restrictivos trabajos cartagineses, ¿existió un contacto entre Cartago y Alejandro? y, de ser así, ¿en qué términos se produjo?

### LOS *HYPOMNEMATA* Y LOS ÚLTIMOS PLANES O LA IMPOSIBILIDAD DE LA CONCRECIÓN

Dentro de la mentalidad popular, siendo aplicable a buena parte de los historiadores no versados en Alejandro Magno o Cartago, el único nexo de unión entre la ciudad africana y Alejandro III de Macedonia se limitó a los cuestionables Planes de Occidente, una de las cláusulas articuladas en los Últimos Planes, supuestamente recogidos en los *Hypomnemata* o cuadernos personales de Alejandro.

El primer trabajo de renombre sobre la cuestión de los Últimos Planes fue realizado en 1921 por William W. Tarn, *Alexander's ὑπομνήματα and the World-Kingdom*, donde el erudito británico consideró que las escasas evidencias y la difícil adscripción a una fuente de información, presumiblemente Jerónimo de Cardia, invitaban a plantear la falsedad del relato<sup>5</sup>. Esta línea interpretativa quedaría refor-

<sup>3</sup> Barceló 1994: 1-14; Krings 1995: 31-38; Ciocarlie 2011: 77-113; De Simone 2018: 79-88.

<sup>4</sup> Huss 1979: 119-122; Huss 1993: 113-117.

<sup>5</sup> Tarn 1921: 17.

zada en 1948 cuando, en su obra *Alexander the Great*, mantuvo los mismos presupuestos, señalando que el relato sería una modificación literaria realizada no más allá de la etapa helenística<sup>6</sup>. Algunos años después, en 1953, el académico alemán Franz Hampl redactó *Alexanders des Grossen Hypomnemata und Letzte Plaene* donde, a pesar de dar por refutados los argumentos de Tarn y otorgar credibilidad histórica a la existencia de los *Hypomnemata*, coincidía con el erudito británico en que los detalles específicos sobre dicho diario fueron una construcción literaria perteneciente a una tradición posterior<sup>7</sup>.

Apenas un año después, en 1954, Fritz Schachermeyr publicó *Die Letzèn Pläne Alexanders des Grossen*, un artículo más sobrio que el de Hampl, donde planteó que la cuestión de los Últimos Planes era el interrogante científico más importante dentro del enrevesado entramado historiográfico del macedonio. A su juicio, la resolución de éste interrogante capacitaría a los historiadores para dar respuesta a los supuestos planes de conquista universal por parte del macedonio<sup>8</sup>. Schachermeyr efectuó un artículo mucho más metódico, refutando uno a uno los ejemplos de Tarn y Hampl, una sistematización que le permitió razonar que sería prácticamente imposible discernir qué porcentaje del relato debía adjudicarse a Jerónimo de Cardia y qué porcentaje a Diodoro. Sin embargo, Schachermeyr concluyó que los Últimos Planes formaron parte de una narrativa genuina<sup>9</sup>. En 1968 la cuestión fue magistralmente tratada por Ernst Badian, quien realizó un ejercicio brillante de deducción científica en cuatro secciones para terminar arrojando una dolorosa realidad: “What Alexander’s last plans were is equally irrecoverable”, asimismo, estableció que: “The story of the Hypomnemata belong, not to the history of Alexander, but to the history of the Successors”<sup>10</sup>. El testigo de Badian fue recogido por James R. Hamilton en 1973, quien asumió los principios de Badian al plantear que la narrativa de las fuentes debió de ser el resultado de una creación

<sup>6</sup> Tarn 1948: 378 y 393.

<sup>7</sup> Hampl 1953: 827.

<sup>8</sup> Schachermeyr 1954: 119.

<sup>9</sup> Schachermeyr 1954: 140.

<sup>10</sup> Badian 2012: 189.

literaria helenística congénita a las necesidades de los sucesores<sup>11</sup>. En 1981 Jane Hornblower publicó la fantástica obra *Hieronimus of Cardia*, donde, en la línea de Tarn o Hampl, realizó una afirmación cuestionable: “the Hypomnemata are a piece of clutter which a political historian would avoid”<sup>12</sup>. El retorno al ideario de Tarn por parte de Hornblower fue contrarrestado por Badian en 1988, evidenciando la imposibilidad de los investigadores de esclarecer los acontecimientos aparentemente recogidos en los *Hypomnemata* por la levedad de las fuentes conservadas<sup>13</sup>.

Desde entonces, la cuestión de los *Hypomnemata* y los Últimos Planes ha sido bosquejada por la historiografía prácticamente sin variaciones, estableciendo tanto a los *Hypomnemata* como a los Últimos Planes como interrogantes eternos debido a la parquedad literaria. Algunos ejemplos los encontramos en la obra de Ahmed Ferjaoui, *Recherches sur les relations entre l’Orient phénicien et Carthage* de 1993, en el extraordinario análisis de Gómez Espelosin, *La leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda* de 2007 o en el magnífico libro de Briant, *A short Introduction, Alexander the Great and His Empire* de 2010<sup>14</sup>. No obstante, y a pesar de la ambigüedad mostrada, primeramente por las fuentes conservadas y posteriormente por la tradición académica, nos gustaría realizar algunas apreciaciones. El origen del debate académico radica en un fragmento de Diodoro:

χιλίας μὲν ναῶς μακρὰς μείζους τριήρων ναυπηγήσασθαι κατὰ τὴν Φοινίκην καὶ Συρίαν καὶ Κιλικίαν καὶ Κύπρον πρὸς τὴν στρατείαν τὴν ἐπὶ Καρχηδονίους καὶ τοὺς ἄλλους τοὺς παρὰ θάλατταν κατοικοῦντας τῆς τε Λιβύης καὶ Ἰβηρίας καὶ τῆς ὁμόρου χώρας παραθαλαττίου μέχρι Σικελίας, ὁδοποιῆσαι δὲ τὴν παραθαλάττιον τῆς Λιβύης μέχρι στηλῶν Ἡρακλείων<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> Hamilton 1973: 157.

<sup>12</sup> Hornblower 1981: 89.

<sup>13</sup> Badian 2012: 325-337.

<sup>14</sup> Ferjaoui 1993: 67-68; Gómez Espelosin 2007: 324-325; Briant 2010: 38-41.

<sup>15</sup> “Mil grandes naves, de mayor tamaño que trirremes, serán construidas en Fenicia, Siria, Cilicia y Chipre para la conquista de Cartago y del resto de poblaciones que habitaban junto al

Previo análisis, nos gustaría precisar que no es nuestra intención examinar la totalidad de los denominados Últimos Planes, teóricamente recogidos en los *Hypomnemata*, pues el fragmento de Diodoro se extiende detallando la construcción de estrafalarios proyectos arquitectónicos, la fundación de numerosas ciudades a lo largo de sus dominios o la movilización masiva de población entre Europa y Asia indistintamente. En nuestro caso, nos interesa este fragmento pues recoge unos planteamientos expansionistas sobre Cartago que encuentran también su espacio en la narrativa de Curcio:

*Ipse animo infinita complexus statuerat omni ad orientem maritima regione perdomita ex Syria petere Africam, Carthagini infensus, inde Numidiae solitudinibus peragratis cursum Gadis dirigere—ibi namque columnas Herculis esse fama vulgaverat*<sup>16</sup>.

Centrándonos en el relato de Diodoro, la primera aportación destacable del autor griego es en relación con las mil naves: “*χιλίας μὲν ναῶς μακρὰς μείζονες τριήρων ναυπηγήσασθαι*”<sup>17</sup>. Tal y como señala Ferjaoui<sup>18</sup>, existen dos problemas esenciales que propician la falsedad del relato de Diodoro: inicialmente, el número de barcos y, en segundo lugar, la cuenca de Babilonia.

El primer argumento contrario encuentra sus bases en el número de navíos pues, tal y como establece Ferjaoui<sup>19</sup>, la flota más grande atestiguada en los s. IV-III a.C. no superaba los cuatrocientos efectivos. Al respecto, los autores clásicos a la hora de plasmar cantidades abultadas, transmitían una imagen más que una medición exacta. Es decir, preten-

---

mar de Iberia y Libia y la costa adyacente hasta Sicilia, después se construirá una ruta por la costa de Libia hasta las columnas de Hércules”. D. S. XVIII. 4, 4.

<sup>16</sup>“Alejandro, cuya ambición no conocía límites, había decidido que, después de subyugar toda la costa oriental y debido al odio que tenía a Cartago, se dirigiría de Siria a África; después, cruzando los desiertos de Numidia, pondría rumbo a Cádiz—donde se rumoreaba que estaban las Columnas de Hércules”.

<sup>17</sup>“Mil grandes naves, de mayor tamaño que trirremes, serán construidas”. Curt. X. 1, 17.

<sup>18</sup>Ferjaoui 1993: 67-68.

<sup>19</sup>Ferjaoui 1993: 68.

dían establecer unas estimaciones aproximadas que plasmasen la realidad simbólica de la cifra, no la realidad numérica precisa. En este sentido, la propia historiografía de Alejandro permite comprender este hecho. Por un lado, mediante el ejemplo del tesoro de Persépolis, estableciendo una cantidad muy superior a cualquier otro tesoro real<sup>20</sup> o, por otro lado, con las cifras militares manejadas para la batalla de Gaugamela<sup>21</sup>. En consecuencia, lo que obtenemos es una herramienta literaria que indica la magnitud de una cantidad, no su cuantía exacta. Estos planteamientos nos llevan a considerar el segundo argumento de Ferjaoui<sup>22</sup>: la cuenca de Babilonia. Esta apreciación queda refutada por el relato de Curcio: “*orientem maritima regione*” (costa oriental). En este sentido, consideramos que el texto es concebido geográficamente desde la región de Carmania, lugar donde Alejandro se encontraba, hasta Babilonia, lugar al que se dirigía<sup>23</sup>, haciendo referencia a la zona del Golfo Pérsico en su totalidad y configurándose como la zona oriental desde Babilonia. Por tanto, la reinterpretación del fragmento de Diodoro nos permite establecer la viabilidad numérica y espacial de la flota en el relato del autor heleno, más aún cuando Justino también menciona este proyecto aunque con otras finalidades bélicas<sup>24</sup>. No obstante, esto no confirma que tratara de conquistar Cartago con dicha flota “*πρὸς τὴν στρατείαν τὴν ἐπὶ Καρχηδονίους*”<sup>25</sup>.

La narrativa de Curcio recoge la expedición contra Cartago, reforzando el relato de Diodoro y su posible veracidad<sup>26</sup>, sin embargo, la narrativa de Curcio presenta algunas cuestiones que deben ser consideradas. Principalmente, el autor romano aplica unos falsos estigmas como “*Carthagini infensus*” (odio a Cartago), juicios de valor inherentes al autor latino, y rastreables en otros episodios de su *Historiae*

<sup>20</sup> Curt. V. 6, 9; D. S. XVII. 71, 1.

<sup>21</sup> Plut. Alex. XXXI. 1-2; D. S. XVII. 53, 1-3; Curt. IV. 12, 4; Arr. An. III. 8, 6; Just. Epit. IX. 1-2.

<sup>22</sup> Ferjaoui 1993: 68.

<sup>23</sup> Curt. X. 1, 16.

<sup>24</sup> Just. Epit. XIII, 5, 7-8.

<sup>25</sup> Es decir, “para la conquista de Cartago”. Destinada originalmente a la conquista de Arabia: Bosworth 1998: 152-154.

<sup>26</sup> Lane Fox 2007: 766.

*Alexandri Magni*<sup>27</sup>, que dificultan la lectura del texto. De igual modo, la continuación del fragmento de Curcio es relevante: “*Hispanias deinde, quas Hiberiam Graeci a flumine Hiberno vocabant, adire et praetervehi Alpes Italiaeque oram, unde in Epirum brevis cursus est*”<sup>28</sup>. Éste segmento permite apreciar una modificación clara de la narrativa original, más fiel en Diodoro, en base a dos cuestiones: la mentalidad romana y el imaginario hercúleo-anibálico. Por un lado, la narración se encuentra intoxicada por una concepción onírica común a los hombres de letras romanos, extensible a Curcio, donde fantaseaban con el qué hubiera ocurrido si Roma se hubiese enfrentado a Alejandro<sup>29</sup>. Por otro lado, la narrativa de Curcio coincide con la de Diodoro en su apuesta por la *Aemulatio Herculi*<sup>30</sup>. Sin embargo, el autor romano introduce y atribuye a Alejandro el itinerario que siguió Aníbal en su camino hacia Roma, constatando la existencia fehaciente de una mentalidad o concepción en el mundo romano-mediterráneo que identificaba e interrelacionaba: Heracles, Alejandro y Aníbal<sup>31</sup>.

Por su parte, Plutarco recoge la reunión de Alejandro con Nearco y sus expedicionarios en Carmania, mencionando tanto los planes de navegación hacia Arabia y Libia como el componente Hercúleo de la campaña:

*ἐνταῦθα τῶν περὶ Νέαρχον ἀναβάντων πρὸς αὐτὸν ἦσθεις καὶ διακούσας τὰ περὶ τὸν πλοῦν, ὄρμησεν αὐτὸς πλεύσας κατὰ τὸν Εὐφράτην στόλῳ μεγάλῳ, εἶτα περὶ τὴν Ἀραβίαν καὶ τὴν Λιβύην παρακομισθεὶς διὰ στηλῶν Ἡρακλείων ἐμβαλεῖν εἰς τὴν ἐντὸς θάλασσαν*<sup>32</sup>.

<sup>27</sup> Curt. VIII. 1, 20-52.

<sup>28</sup> “Después, iría a España, que los griegos llaman Iberia por el río Ebro; a continuación, atravesaría los Alpes y bordaría las costas italianas desde donde el paso a Epiro es corto”. Curt. X. 1, 18.

<sup>29</sup> Liv. IX. 17, 1; IX, 18. Un análisis en Spencer 2002: 41-53.

<sup>30</sup> Green 1989: 194-195.

<sup>31</sup> San José Campos 2020: 21-48.

<sup>32</sup> “Aquí, se reunió con Nearco y sus expedicionarios y, Alejandro se alegró tanto al escuchar el relato de su viaje, que deseo impacientemente navegar él mismo por el Éufrates con una gran flota para, luego de circunnavegar Arabia y África, entrar en el Mediterráneo por las Columnas de Hércules” Plut. Alex. LXVIII. 1.



Una reunión también atestiguada, aunque más sobriamente, por Arriano<sup>33</sup>. En definitiva, le lectura de las fuentes conservadas presenta un marco de estudio intoxicado y lleno de problemáticas. Esencialmente, concluimos que la concordancia elemental en los planes de occidente implica la existencia de un relato original, que no la veracidad de su contenido, cuyo mejor reflejo es Diodoro independientemente de cuales fuentes primarias o intermediarias transmitieran el relato.<sup>34</sup> Esta realidad ha servido como aliciente suficiente para crear un insustancial debate historiográfico sobre la pertenencia o no a Jerónimo de Cardia y, por tanto, a Éumenes de Cardia y a los *Hypomnemata*. En nuestra opinión, el análisis del fragmento de Diodoro y los restos literarios esparcidos en otras narrativas permiten obtener una serie de apreciaciones más allá de su difícil adscripción original. En esta línea, los fragmentos analizados se encuentran imbuidos por dos elementos congénitos al propio Alejandro que otorgan una cierta credibilidad al relato<sup>34</sup>: la ambición sin límites que demostró durante toda su vida<sup>35</sup> y la sincera asunción de la *Aemulatio Herculi*<sup>36</sup>. Estos conceptos son potenciados en las narrativas tanto por las acciones personales de Alejandro como por la articulación de una propaganda personal, generando un relato, ya de por sí adulterado, que queda prácticamente irrastreable con el impulso deformador de la fabulación inherente a todo proceso de creación literaria posterior. Finalmente, no podemos concretar que ninguno de los elementos que conforman estos planes sean exactos o auténticos, así como tampoco afirmar que ninguno corresponda a una falsificación. Tanto la falta de datos como la muerte de Alejandro y el supuesto abandono de estos crean una incógnita prácticamente insalvable. Esta ambigüedad no consiente ni siquiera una mínima sospecha en las relaciones de Alejandro con Cartago o las intenciones del macedonio para con la ciudad africana. Por tanto, la interacción de Alejandro y Cartago debe ser perseguida en otros casos de estudio.

<sup>33</sup> Arr. *An.* VI. 27, 3.

<sup>34</sup> Stoneman 2001: 93.

<sup>35</sup> Arr. *An.* IV. 7, 5; VII. 1, 4.

<sup>36</sup> San José Campos 2020: 29.

## EL ASEDIO DE TIRO. EN BUSCA DE LOS CARTAGINESES

La ciudad de Tiro, actual el Líbano, se ubicaba en una isla que distaba media milla de la costa, contando con un perímetro amurallado de unos cuatro kilómetros y medio de longitud y unos cuarenta y cinco metros de altura<sup>37</sup>. El triunfo en la batalla de Isos<sup>38</sup> y el fin de los problemas económicos<sup>39</sup> contribuyeron a que buena parte de las ciudades fenicias (Arado, Biblos o Sidón) aceptaran la autoridad de Alejandro para sí mismos y sobre sus dominios, llegando incluso a aportar importantes efectivos navales<sup>40</sup>. Sin embargo, el caso de Tiro fue sustancialmente diferente. Un desencuentro religioso, con un trasfondo absolutamente político y estratégico<sup>41</sup>, selló el futuro de la ciudad fenicia y propició el desarrollo de una de las genialidades militares más impresionantes de la Antigüedad<sup>42</sup>. En cualquier caso, lo que aquí nos ocupa no es tanto la brillantez militar de Alejandro como la aparición de Cartago en las narrativas, siendo, el de Curcio, el relato más detallado:

*Inter quae parva dictu res Tyrionum fiduciam accendit. Carthaginiensium legati ad celebrandum sacrum anniversarium more patrio tunc venerant: quippe Carthaginem Tyrii condiderunt semper parentum loco culti. Hortari ergo Poeni coeperunt, ut obsidionem forti animo paterentur: brevi Carthagine auxilia ventura. Namque ea tempestate magna ex parte Puni eis classibus maria obsidebantur<sup>43</sup>.*

<sup>37</sup> Hammond 2004: 124-130; Heckel 2010: 100-105; Barceló 2011: 165-169; Domínguez Monedero 2013: 120-123.

<sup>38</sup> Arr. An. II. 8-11. Curt. III. 9-12. Plut. *Alex.* XX; D. S. XVII. 33-36.

<sup>39</sup> Tanto en la tienda de Darío como con el tesoro de Damasco: Arr. An. II. 11, 9. Curt. III. 27. Plut. *Alex.* XX. 11-12.

<sup>40</sup> Arr. IV. 20, 1-3; Curt. IV. 3, 11.

<sup>41</sup> Tiro poseía la flota más numerosa de todo el Levante, confiada en su poderío de abastecimiento y la distancia con el continente, no temieron un asedio. Por su parte, Alejandro tenía motivos de carácter propagandístico (Heraclides-Melqart), económicos y estratégicos para tomar la ciudad, además de una serie de cuestiones personales como la “imposibilidad de tomar Tiro”.

<sup>42</sup> Arr. An. II. 16, 24; Curt. IV. 2-4; D. S. XVII. 40-46; Plut. *Alex.* XXIV-XXV; Just. *Epit.* XI. 10, 10-14. Antela Bernández 2012: 77-134.

<sup>43</sup> “Entre tanto, una circunstancia trivial reanimó la confianza de los tirios. Había llegado una

Para realizar nuestro análisis dividiremos este texto en dos partes<sup>44</sup>. En el primer fragmento “*Inter [...] culti*” (“Entre tanto [...] madre patria”) podemos apreciar una descripción sobre la llegada de una comitiva diplomática cartaginesa a Tiro para celebrar una tradicional festividad religiosa. *A priori*, podríamos poner en duda la narrativa de Curcio así como destacar el desconocimiento sobre esta festividad, sin embargo, Arriano permite no sólo dar credibilidad al relato sino también concretarlo<sup>45</sup>. El escritor griego especifica que esta embajada diplomática había acudido a la ciudad, su metrópoli, como “*theorio*” para rendir culto a Heracles<sup>46</sup>. En suma, el resultado obtenido es la narrativa sobre una embajada diplomática cartaginesa para participar en la festividad de la primera divinidad tiria: Melqart. A nuestro juicio, un relato desprovisto de agentes contaminantes externos: ideas políticas, intereses propagandísticos, juicios de valor personal etc. Además, esta hipótesis adquiere solidez a través de las propias fuentes conservadas pues, a pesar de que Cartago en el s. IV-III a.C. se encontrase asentada sólidamente sobre un conjunto de experiencias internas y externas que sobrepasaban ampliamente las antiguas tradiciones coloniales fenicias<sup>47</sup>, los ancestrales vínculos con Tiro pueden seguir siendo rastreados en calidad de relaciones diplomáticas de amistad o tradición<sup>48</sup>, como en el presente pasaje. De igual modo, nos parece significativo que los relatos de Arriano y Curcio coincidan a pesar de basar su información en fuentes diferentes<sup>49</sup>. En conclusión, podemos establecer la

---

delegación cartaginesa para celebrar una festividad religiosa anual siguiendo la tradición ya que, Cartago, fundada por Tiro, siempre fue honrada con su madre patria. Estos legados comenzaron a alentar a los tiros para afrontar el asedio con confianza, pues el auxilio llegaría pronto desde Cartago. En aquellos días los mares estaban gobernados en gran medida por las flotas cartaginesas”. Curt. IV. 2, 10-11.

<sup>44</sup> Curt. IV. 2, 10-11.

<sup>45</sup> Arr. *An.* II. 24, 5.

<sup>46</sup> Bonnet 1988: 399-415; Aubet Semmler 2009: 167-173.

<sup>47</sup> Bonnet 2018: 292 ; San José Campos 2021a: 4-8.

<sup>48</sup> Curt. IV. 2, 10; IV. 3, 22; D. S. XIII. 108; XIII. 86; XX. 14, 1-2; Arr. *An.* II. 24. 5; Just. *Epit.* XVIII. 7, 7. Plin, *NH.* XXXVI. 39; Pol. XXXI. 12, 11, 1-2; Liv. XXXIII. 48, 3.

<sup>49</sup> El modelo de la tradición Vulgata y la tradición Oficial fue creada en la escuela alemana del s. XIX y se mantiene en la actualidad aunque, naturalmente, con una gran transformación en cuanto a su forma y entendimiento. Cartledge 2009: 285-309.

existencia de una embajada cartaginesa en Tiro y, por lo tanto, situar dicha embajada en la ciudad durante el asedio de Alejandro.

En cuanto al segundo pasaje del fragmento “*Hortari* [...] *obsidabantur*” (“Estos legados [...] cartaginesas”), Curcio establece que la comitiva cartaginesa de “*theorio*” exhortó a los tirios a que afrontaran el asedio decididamente pues Cartago enviaría refuerzos. Un relato que la historiografía ha tendido a asumir como verdadero sin ninguna clase de cuestionamiento, motivo por el cual nos gustaría realizar algunas consideraciones<sup>50</sup>.

De entre las fuentes conservadas que contienen información sobre el acontecimiento, la primera, en cuanto a línea temporal se refiere, es Diodoro<sup>51</sup>. Al respecto, el autor griego establece una narrativa donde enumera los argumentos que llevaron a los tirios a su confrontación con Alejandro, únicamente mencionando a los cartagineses al final del fragmento y de manera pasiva<sup>52</sup>. Es decir, tanto la estructuración del fragmento, la disposición de los propios argumentos en el relato así como el vocabulario empleado “*ἔτι*” (también o todavía, en referencia a *πιστεύοντες*, esperanza o anhelo) invitan a establecer que los tirios tenían esperanzas en una posible ayuda cartaginesa, no concretada ni en tiempo ni en términos de intervención pues los cartagineses eran ajenos al asedio. Por tanto, lo que obtenemos a través de Diodoro es una primera narrativa donde se establece que los cartagineses eran contemplados por Tiro como un posible factor de apoyo, no concretado (militar, abastecimiento, auxilio económico o civil, etc.), siendo ajenos al conflicto. A nuestro juicio, esta primera narrativa fue adaptada, aproximadamente, un siglo después por Curcio, quien dio rienda suelta a su imaginación para aplicar una serie de juicios y valores congénitos al autor latino y a su tiempo que nada tenían que ver con la realidad histórica. En este sentido, Curcio ejecuta el mismo procedimiento que para el caso analizado en el apartado anterior<sup>53</sup>: inicialmente, fijación

<sup>50</sup> Bosworth 1988: 67; Green 1991: 259; Hammond 2004: 126; Lane Fox 2007: 292

<sup>51</sup> D. S. XVII, 40, 3.

<sup>52</sup> “ἔτι δὲ τοῖς ἀπογόνοις αὐτῶν Καρχηδονίους” (“También esperaban la ayuda de sus colonos, los cartagineses”).

<sup>53</sup> Curt. X. 1, 17. Rastreado en otros episodios: Curt. VIII. 1, 20-52.

de una primera parte del relato en base a una fuente más o menos fiable y, en segundo lugar, ampliación e intoxicación del relato en base a criterios y concepciones pertenecientes al autor y a su tiempo.

Asimismo, el relato de Curcio en cuanto al “*Hortari ergo Poeni coeperunt, ut obsidionem forti animo paterentur: brevi Carthagine auxilia ventura*”<sup>54</sup> cae en contradicción con su propia narrativa, puesto que más adelante señala que los cartagineses no pudieron intervenir debido a que andaban guerreando con los siracusanos<sup>55</sup>. ¿Qué sentido tendría que los cartagineses exhortaran a los tirios en previsión de una rápida intervención militar si ellos mismo se encontraban envueltos en luchas contra los siracusanos? Esta contradicción arroja un poco más de luz sobre la cuestión de la intoxicación de la fuente original. Además, debemos señalar que el pretexto entregado por Curcio para la no intervención militar es falso debido a que la guerra contra los siracusanos se produciría veintitrés años después, en el 309 a.C.<sup>56</sup>.

Sobre la no intervención militar de Cartago, una vez descartada la idea de Curcio, algunos autores como Josette Elayi indican que se debió a cuestiones religiosas, pues a partir del 396 a.C., después de la introducción de Deméter y Kore en Cartago, se produjo una revolución religiosa que llevó al enfrentamiento entre las ciudades<sup>57</sup>. En cuanto a la introducción de las divinidades agrarias sicilianas<sup>58</sup> en Cartago<sup>59</sup>, debemos establecer que se trató de una política aristocrática<sup>60</sup> que, tal y como señala Mhamed Fantar<sup>61</sup>, no significó una revolución religiosa pues las divinidades no fueron integradas en el panteón cartaginés

<sup>53</sup> Curt. X. 1, 17. Rastreado en otros episodios: Curt. VIII. 1, 20-52.

<sup>54</sup> “Los legados cartagineses comenzaron a alentar a los tirios para afrontar el asedio con confianza, pues el auxilio llegaría pronto desde Cartago”.

<sup>55</sup> Curt. IV. 3, 20.

<sup>56</sup> Hoyos 2010: 173.

<sup>57</sup> Elayi 1981: 20-24.

<sup>58</sup> Divinidades introducidas por colonos griegos: Hdt. VII; D. S. V. 2-5; XI. 26, 7. Hinz 1998: 19-21; 219-223. Una asimilación en Sicilia ya presente en los textos romanos: Cic. *Verr.* IV. 106, debido a su carácter agrario: Hinz 1998: 50.

<sup>59</sup> D. S. XIV. 63, 1; D. S. XIV. 77, 4-5.

<sup>60</sup> Melliti 2006: 387-388.

<sup>61</sup> Fantar 1998: 17.

como otras deidades extrajeras que llegaron a ser prácticamente aceptadas dentro de su cosmos (Isis, Osiris o Ra). En cualquier caso, estas disputas religiosas no acabarían de entenderse pues el panteón tirio y cartaginés compartía dioses pero no jerarquía. Melqart era la divinidad principal de Tiro mientras que en Cartago quedó relegado a un segundo plano en detrimento de Baal Hammon<sup>62</sup>, al menos, hasta la elección de los bárcidas como su divinidad tutelar<sup>63</sup>. Además, estas supuestas disensiones entre Cartago y Tiro quedan plenamente desarticuladas en virtud del segundo tratado romano-cartaginés, recogido por Polibio<sup>64</sup>, que establece a Tiro como una ciudad aliada de Cartago. En suma, la cuestión religiosa no se configura como una opción viable para la no intervención cartaginesa en Tiro.

En nuestra opinión, y siguiendo las interpretaciones de Stéphane Gsell o Ferjaoui<sup>65</sup>, la capacidad militar de Cartago se encontraba sustancialmente debilitada tanto a nivel externo, por las sucesivas guerras libradas contra los griegos en Sicilia desde finales del s. IV a.C., como a nivel interno, debido a las continuas disputas aristocráticas por hacerse con el gobierno de la ciudad. A estas cuestiones deberían añadirse algunos factores más: la significación de Tiro, el condicionante geográfico y el propio Alejandro. Tal y como hemos establecido previamente, Cartago en los s. IV-III a.C. era, al mismo tiempo, una ciudad mediterránea globalizada e independiente con una población étnicamente mezclada y una cultura cosmopolita plenamente definida<sup>66</sup>. Por lo que Tiro únicamente significaba, dentro del imaginario cartaginés, una ciudad aliada comercialmente con algunas conexiones culturales ancestrales. En cuanto a la cuestión geográfica, Curcio acierta en el relato “*Namque ea tempestate magna ex parte Puni eis classibus maria obsidebantur*”<sup>67</sup>. No obstante, ese poderío naval se encontra-

<sup>62</sup> Lancel 1994: 183-186; Hoyos 2010: 94-100.

<sup>63</sup> Rawlings 2005: 153-161; Melliti 2006: 391; Stocks 2014.

<sup>64</sup> Pol. III. 24.

<sup>65</sup> Gsell 1918: 1-16; 244-248; Ferjaoui 1993: 65.

<sup>66</sup> Crawley Quinn 2011: 388-413.

<sup>67</sup> “En aquellos días los mares estaban gobernados en gran medida por las flotas cartaginesas”.

ba en la cuenca occidental del mediterráneo<sup>68</sup>, no en la oriental. El desplazamiento de una flota militar por parte de Cartago hasta Tiro hubiera significado la plena desprotección de los dominios occidentales, un riesgo que ni siquiera en el mejor de los escenarios Cartago hubiera ejecutado<sup>69</sup>. Finalmente, debemos comprender que los cartagineses no vieran con especial entusiasmo enfrentarse a un ejército que acumulaba tantas victorias y experiencia y de cuyo comandante comenzaban a circular historias heroicas, es decir, un condicionante imbuido en el respeto y en cierto temor. Por tanto, esta serie de circunstancias, unido al desgaste interno y externo, permiten explicar la no intervención militar de Cartago.

En conclusión, el estudio de las fuentes consiente concretar la existencia de un primer relato aséptico, perteneciente a Diodoro, donde los cartagineses reciben un tratamiento secundario y pasivo más apegado a la realidad histórica. Una narrativa intoxicada por Curcio debido a intereses completamente ajenos al hecho histórico, transmitiendo a las generaciones posteriores juicios de valor o problemáticas militares falsarias como demuestran las breves menciones de Justino y Orosio<sup>70</sup>. Siguiendo esta línea interpretativa, es perfectamente entendible que Cartago, ligado ancestralmente a Tiro y en base a ciertas relaciones de amistad, enviase una serie de navíos para realizar un rescate civil. Este supuesto, recogido en Diodoro, Curcio y Justino<sup>71</sup>, admite proponer que la esperanza tiria en los cartagineses, copiada por Diodoro en primera instancia<sup>72</sup>, hiciera referencia a un auxilio civil, en ningún caso militar, donde mujeres, ancianos y niños fueran trasladados a la ciudad púnica. Sin embargo, y una vez resulta la cuestión de las fuentes y la intoxicación de estas, ¿qué sucedió con la embajada cartaginesa?

<sup>68</sup> Heckel 2002: 77.

<sup>69</sup> Picard, Picard 1968: 166.

<sup>70</sup> Just. *Epit.* XI. 10, 12. Aunque Justino es la única Fuente que recoge un desarrollo alternativo: Just. *Epit.* XI. 10, 14. También, Oros. III. 16, 11.

<sup>71</sup> D. S. XVII. 41, 2; Curt. IV. 3, 20; Just. *Epit.* XI. 10, 14.

<sup>72</sup> Relato que, a diferencia del de Curcio, no cae en contradicciones internas, respetando su propia narrativa: D. S. XLVI. 4.

El autor que más detalladamente recoge lo acontecido es Arriano: “*τοῖς δὲ ἐς τὸ ἱερὸν τοῦ Ἡρακλέους καταφυγοῦσιν ἦσαν δὲ αὐτῶν τε τῶν Τυρίων οἱ μάλιστα ἐν τέλει. καὶ ὁ βασιλεὺς Ἀζέμιλκος καὶ Καρχηδονίων*”<sup>73</sup>. El historiador griego plantea en su narrativa que Alejandro otorgó el perdón a aquellos que se refugiaron en el templo de Melqart, incluyendo a los cartagineses, una propuesta nada descabellada pues el propio Diodoro apela a la capacidad de salvaguarda del templo durante el asedio<sup>74</sup>. Asimismo, también Curcio recoge el perdón de Alejandro a la embajada pero estableciendo una declaración de guerra que tuvo que posponerse por las necesidades del momento: “*Carthaginiensium legatis pepercit addita denuntiatione belli, quod praesentium rerum necessitas moraretur*”<sup>75</sup>. En este sentido, que Arriano y Diodoro omitan en sus narrativas un acontecimiento tan significativo como la supuesta declaración de guerra por parte de Alejandro hacia Cartago nos parece indicativo suficiente para cuestionar la veracidad del suceso. De igual modo, regresáramos a la construcción narrativa de Curcio ya planteada en el presente trabajo: primeramente, planteamiento del acontecimiento histórico y, en segundo lugar, intoxicación del documento a través de condicionantes ajenos al suceso histórico. Por tanto, concluimos que dicha declaración de guerra pertenece al amplio grupo de fabulaciones literarias fabricadas por el autor romano. En este caso, destinada a humillar la memoria de los cartagineses.

En definitiva, mediante el estudio de las fuentes en el asedio de Tiro obtenemos una primera toma de contacto entre Alejandro y Cartago donde el monarca macedonio, en contra de prestigiosas opiniones<sup>76</sup>, otorga el perdón a la embajada<sup>77</sup> cartaginesa sin cláusulas, condiciones o amenazas de ningún tipo a pesar del auxilio prestado a Tiro<sup>78</sup>.

<sup>73</sup> “Algunos se habían refugiado en el templo de Heracles, algunos eran de la propia Tiro, como las principales autoridades de la ciudad y el rey Acemilco, también algunos cartagineses”. Arr. An. II, 24, 5.

<sup>74</sup> D. S. XVII. 41, 8.

<sup>75</sup> “Los embajadores cartagineses fueron perdonados por Alejandro, aunque se les hizo entrega de una declaración de guerra que la necesidad del momento obligaba a posponer” Curt. IV. 4. 18..

<sup>76</sup> Bosworth 1988: 67.

<sup>77</sup> Nawotka 2010: 192.

<sup>78</sup> Las cifras aproximadas establecen unas 15.000 personas salvadas en navíos cartagineses y



Las fuentes permiten vislumbrar unas relaciones incipientes y desarrolladas en términos de mutuo respeto, pudiendo ser explicadas en dos vías. Primeramente, la realidad de la cordialidad entre Alejandro y Cartago o, en segundo lugar, la creación de una sólida apariencia diplomática, tanto por la indiferencia o la imposibilidad de Cartago de iniciar las hostilidades como por el leve entusiasmo con el que Alejandro contemplaba la apertura de un frente bélico occidental, al menos en aquellos momentos. En cualquier caso, que los primeros contactos fuesen desarrollados en estos términos concede explicar tanto la ausencia de represalias por parte de Alejandro frente al auxilio civil de Tiro como la carencia absoluta de hostilidades por parte de Cartago, dando por falsas las estigmatizaciones de Curcio y deslegitimando el discurso académico del odio del monarca a la ciudad africana<sup>79</sup>.

### AMÍLCAR RÓDANO, ¿UN ESPÍA CARTAGINÉS EN LAS FILAS DE ALEJANDRO?

El segundo caso de estudio versa sobre el relato de Amílcar Ródano, narrativa recogida prácticamente sin discrepancias por Justino, Orosio y Frontino<sup>80</sup>, donde se especifica que un cartaginés fue enviado al ejército de Alejandro en condición de exiliado para recabar información sobre la posible futura invasión de África. El relato de Justino expone:

*Inter haec Karthaginienses tanto successu rerum Alexandri Magni exterriti, uerentes ne Persico regno et Africum uellet adiungere, mittunt ad speculandos eius animos Hamilcarem cognomento Rodanum, uirum sollertia facundiaque praeter*

---

30.000 tirios capturados y vendidos, así como unos 6 000 u 8 000 muertos fenicios, cifras que permitirían establecer el mensaje de autoridad por parte de Alejandro, sacar rentabilidad económica y crear un importante relato propagandístico, cuestiones más apremiantes que crear una innecesaria rivalidad con una potencia occidental: Grainger 1991: 33; Heckel 2010: 102.

<sup>79</sup> Bosworth 1988: 152; O'Brien 1992: 208-209.

<sup>80</sup> Just. *Epit.* XXI. 6; Oros. IV. 6, 21-22; Frontin. II. 3.

*ceteros insignem. Augebant enim metum et Tyros, urbs auctorum originis suae, capta et Alexandria aemula Karthaginis in terminis Africae et Aegypti condita et felicitas regis, apud quem nec cupiditas nec fortuna ullo modo terminabantur. Igitur Hamilcar per Parmeniona aditu regis obtento profugisse se ad regem expulsam patria fingit militemque se expeditionis offert. Atque ita consiliis eius exploratis in tabellis ligneis uacua desuper cera inducta ciuibus suis omnia perscribebat. Sed Karthaginenses post mortem regis reuersum in patriam, quasi urbem regi uenditasset, non ingrato tantum, uerum etiam crudeli animo necauerunt<sup>81</sup>.*

En primer lugar, nos gustaría intentar precisar la fecha en la que Amílcar Ródano fue enviado por los cartagineses a realizar el espionaje. Por un lado, Justino establece que los cartagineses se encontraban aterrados “*exterriti*” por las victorias de Alejandro, temor que aumentó tras la toma de Tiro. Por tanto, la planificación de la estrategia púnica y el posterior viaje de Amílcar hacia oriente se producen antes del 332 a.C. Por su parte, Frontino permanece en un plano de indefinición temporal, mientras que Orosio alega que enviaron al espía cartaginés cuando se enteraron de la destrucción de Tiro, pues se encontraban temerosos. La comparación literaria de las fuentes conservadas habilita proponer una contradicción temporal en las narrativas, más preocupadas de remarcar el miedo de la ciudad africana que de indicar el momento en el que Amílcar Ródano fue enviado. Además, el relato de Orosio implica,

<sup>81</sup> “Entretanto, los cartagineses, alarmados por los éxitos de Alejandro Magno y temiendo que quisiera anexionar África al Imperio Persa, enviaron a informar de sus intenciones a Amílcar, de sobrenombre Ródano, hombre destacado más que otros por su ingenio y elocuencia. En efecto, la toma de Tiro, su propia ciudad madre, y la fundación de Alejandría, rival de Cartago, en los confines de África y Egipto, así como la buena fortuna del monarca, cuya ambición y éxito parecían no tener límites, elevaron sus temores (los cartagineses) a un nivel extremo. Entonces Amílcar, obteniendo acceso al rey gracias al favor de Parmenión, se presenta a sí mismo como exiliado de su patria, haciendo creer (a Alejandro) que ha huido, se ofrece como soldado de su expedición. Una vez averiguadas sus intenciones, describió a sus compatriotas todas estas cuestiones en tablillas de madera cubiertas de cera sin nada escrito. No obstante, cuando regresó a su patria tras la muerte de Alejandro, los cartagineses lo asesinaron, no sólo de forma ingrata sino también cruel, alegando que había tratado de vender la ciudad al rey”.

puesto que señala que los cartagineses se enteraron de lo acontecido en Tiro después de su destrucción, la negación de la comitiva religiosa en Tiro, del subsidio ciudadano y del perdón otorgado por Alejandro referido por las tradiciones conservadas estudiadas en el apartado anterior.

De igual manera, y en segundo lugar, Justino hace mención tanto al aumento del miedo cartaginés debido a la fundación de su competidora mediterránea Alejandría, 331 a.C.<sup>82</sup>, como al creciente terror de la ciudad africana por la ambición desmedida del monarca macedonio. En cuanto a la cuestión de Alejandría, el texto reviste una serie de presupuestos anacrónicos y propagandísticos que se circunscriben a un marco totalmente ajeno al de la realidad histórica del momento, pues Justino hace referencia a una competencia comercial que tendría lugar en el Mediterráneo helenístico (s. II-I a.C.) y no al momento inmediato de su fundación. Asimismo, e intentando seguir la coherencia narrativa del propio Justino, Amílcar Ródano fue enviado antes de la destrucción de Tiro y previa fundación de Alejandría. Es decir, cuando la ocupación de Egipto no se había producido y mucho menos realizado el pacto con Cirene que convirtió en fronterizos los dominios de Alejandro con el territorio de Cartago. En consecuencia, y siguiendo la propuesta narrativa de Justino, ¿qué miedo o preocupación podría causar en Cartago un rey macedonio más allá del Mediterráneo Oriental que únicamente había conseguido una victoria sobre el aún vigente monarca Darío III?

La tercera cuestión de relevancia desprendida de las narrativas es la facilidad con la que Amílcar llegó directamente a Alejandro a través de Parmenión. En esta línea, tal y como señala Arriano<sup>83</sup>, al comienzo de la campaña contra el persa Parmenión era el segundo comandante en importancia, inmediatamente después de Alejandro, y únicamente cayó en desgracia tras la conjeturada conspiración de Filotas<sup>84</sup>, su hijo. Acontecimientos ocurridos mucho después de la supuesta llegada de Amílcar al campamento macedonio. Siguiendo estos presupuestos, consideramos como excesivamente conveniente

<sup>82</sup> Just. XI. 11, 13.

<sup>83</sup> Arr. An. I. 11, 3.

<sup>84</sup> Arr. An. III. 26.

para el relato y excepcional para con la realidad histórica que un mero cartaginés en condición de exiliado, que no de embajador, llegase tan rápido a una figura de tan alto rango en el escalafón militar. Sí cabe, el relato amplifica la sospecha al proponer que el propio general macedonio habilitó a un cartaginés recién llegado a reunirse con su rey.

En cualquier caso, y en cuarto lugar, según indican los relatos, Amílcar consiguió averiguar información sobre los futuros proyectos del macedonio, haciendo llegar la información a sus conciudadanos africanos mediante tablillas de madera cubiertas de cera. Al respecto, una nada desdeñable mayoría de la tradición académica ha considerado como inviable lograr discernir los límites y objetivos de las conquistas de Alejandro, quizá Briant sea el autor que mejor recoja la imposibilidad de adentrarse en la psique *‘ψυχή’* del macedonio<sup>85</sup>. De igual modo, la corriente explicativa del panhelenismo, expresada ya desde las propias tradiciones conservadas, no implica mayores certezas, agrupando argumentos de peso tanto para refutar<sup>86</sup> como para defender<sup>87</sup> esta proclama político-propagandística que, en cualquier caso, tras la muerte de Darío y Besos deja de tener justificación. En este sentido, si algo demuestran los motines de Hífasis<sup>88</sup> y de Opis<sup>89</sup> es la desmesurada ambición de Alejandro y la incapacidad del ejército de comprender los planes de su general. Por tanto, consideramos como verdaderamente complicado que un extranjero cartaginés pudiera haber informado a sus conciudadanos de los futuros propósitos del macedonio, ya no sólo porque eran desconocidos entre las bases del ejército sino porque su alto estado macedonio ignoraba unos proyectos que residían, exclusivamente, en la mente de Alejandro.

En suma, la contradicción temporal, la incoherencia literaria con otras fuentes conservadas y con la propia narrativa interna, la implementación de elementos propagandísticos atemporales, la insis-

<sup>85</sup> Briant 2010: 24-28.

<sup>86</sup> Seibert 1998: 15-58; Bloedow 2003: 261-274.

<sup>87</sup> Hatzopoulos 1997: 41-52; Flower 2000: 96-136; San José Campos 2021b: 13-33.

<sup>88</sup> Arr. An. V. 25; Plut. Alex. 62; D. S. XVII. 94-95.

<sup>89</sup> Arr. An. VII. 8-10; Curt. X. 2-3; D. S. XVII. 109, 2-3; Plut. Alex. LXXI; Just. Epit. XII. 11, 4-12.

tencia en un supuesto terror cartaginés prematuro, la conveniencia narrativa del fragmento, la facilidad de acceso a la figura de Parmenión y de Alejandro y la imposibilidad de comunicar unos proyectos futuros que únicamente residían en la imaginación de Alejandro incitan a considerar la aportación literaria como falsa. Siguiendo estos presupuestos, proponemos que la existencia de algún elemento informador cartaginés en las filas macedónicas no implica, en sí mismo, un aporte descabellado tras el acontecimiento de Tiro. De hecho, probablemente fue empleado como base literaria para la creación de un relato falsario con claras connotaciones anticartaginesas. Esta hipótesis parece confirmarse en la conclusión del fragmento, donde los registros literarios narran una supuesta traición por parte de Amílcar, descubierta a su regreso, derivando en su asesinato cruel “*crudeli animo necauerunt*”<sup>90</sup>. Esta última frase que concluye el relato debe ser puesta en relación con la configuración de Cartago en el imaginario romano a modo de entidad histórica negativa y enfrentada a Roma desde su nacimiento, presupuestos ligados inherentemente al desarrollo de una concepción racista antisemita de la inferioridad y creadora del falsario imaginario de la *fides punica*<sup>91</sup>, rastreable a través de toda la literatura romana<sup>92</sup>.

## BABILONIA O LOS CARTAGINESES FRENTE ALEJANDRO

Después de las extravagantes celebraciones en Ecbatana<sup>93</sup>, de la trágica muerte de Hefestión<sup>94</sup> y de la breve pero intensa campaña contra la tribu nómada de los coseos<sup>95</sup>, Alejandro regresó a comienzos del año

<sup>90</sup> Tradición que goza, sorprendentemente, de credibilidad para algunos autores: Hoyos 2010: 172.

<sup>91</sup> Sobre la fabricación y perpetuación de Cartago como antítesis de Roma: Piccaluga 1983: 409-424; Hunt 2009: 137-154. Sobre el concepto antisemita no racista derivado de los cánones decimonónicos del orientalismo: Bonnet 2005: 141. Aunque el mejor estudio sigue siendo: Said 1978. Sobre la *fides punica*, transmitida como el contrapunto vital de la virtud romana: Thiel 1954: 259-280; Gruen 2011: 115-140.

<sup>92</sup> Cartago fue acusada de: *perfidia*, Val. Max. IX. 6, 2; *crudelitas*, Cic. *Off.* I. 38; *iniqua superbia*, Enn. *Ann.* CCLXXIX; *luxuria*, Val. Max. IX. 1, 1; *avaritia*, Pol. IX. 25, 1.

<sup>93</sup> D. S. XVII. 110, 7-8; Arr. *An.* VII. 14, 1; Plut. *Alex.* LXXII. 1-2.

<sup>94</sup> D. S. XVII. 110, 8; Arr. *An.* VII. 14, 1-5; Plut. *Alex.* LXXII. 2-3; Just. *Epit.* XII. 12, 11-12.

<sup>95</sup> D. S. XVII. 111, 4-6; Plut. *Alex.* LXXII. 4; Arr. *An.* XV. 1-3. Barceló 2011: 296; Domínguez

323 a.C. a Babilonia convertido en un hombre atribulado. En la ciudad de Mesopotamia, probablemente nuevo centro del Imperio de Alejandro<sup>96</sup>, el macedonio pasó sus últimos meses sumergido en una frenética actividad diplomático-política, certificando que la consolidación del imperio resultaba una tarea más compleja y menos gratificante que la de su conquista. Precisamente, es en este ambiente donde Alejandro recibió a las delegaciones diplomáticas en primavera del 323 a.C., siendo Diodoro el primero que atestigua el encuentro en cuatro fragmentos<sup>97</sup>.

El primero de ellos hace referencia al recibimiento de Alejandro de embajadas provenientes de prácticamente todo el mundo habitado “κατὰ δὲ τοῦτον τὸν χρόνον ἐξ ἀπάσης σχεδὸν τῆς οἰκουμένης ἦκον πρέσβεις”<sup>98</sup>. Estas embajadas acuden por diversos motivos que son enumerados por el propio autor heleno: felicitar al macedonio por los éxitos obtenidos “κατόρθωμά”, entregar magníficos regalos “μεγαλοπρεπεῖς κομίζοντες” o incluso defenderse de ciertas acusaciones “ἀπολογέομαι”. Más adelante, en un segundo fragmento del relato, Diodoro especifica el origen de estas embajadas donde, entre otros, aparecen los cartagineses. De igual modo, en la tercera fracción del relato, el autor griego esgrime los argumentos que empleó Alejandro para dar prioridad a las embajadas, encontrando una planificación perfectamente estructurada y organizada para, en el último segmento de la narrativa, otorgar una breve lista de los pueblos mencionados en relación a esa planificación. Pero, por desgracia, Cartago no es aludida.

Al respecto, el relato recibe por parte de Diodoro un amplio tratamiento, motivo por el cual nos gustaría realizar algunos comentarios. En primer lugar, Diodoro fecha la llegada de las embajadas en la 114<sup>a</sup> olimpiada, en los consulados de Gayo Popilio y Papirio y en el arcontado de Hegesias en Atenas. Es decir, las embajadas fueron recibidas por Alejandro una vez se encontraba asentado en Babilonia. Sin embar-

---

Monedero 2013: 227.

<sup>96</sup> Gómez Espelósín 2007: 71.

<sup>97</sup> D. S. XVII. 113, 1-4.

<sup>98</sup> “En este tiempo, comparecieron ante Alejandro enviados de casi todo el mundo habitado”.

go, Arriano<sup>99</sup> establece que las embajadas fueron recibidas por Alejandro cuando se encontraba de camino a la ciudad. Esta visible problemática espacio-temporal ha pasado desapercibida en buena parte de la historiografía, optando, en su generalidad, por la visión de Arriano<sup>100</sup> y, en el mejor de los casos, por la mera indicación de la discrepancia<sup>101</sup>. En este sentido, la posible respuesta es entregada por Justino<sup>102</sup>, permitiendo apreciar en su relato una clara diferenciación entre las embajadas que fueron recibidas en el camino; africanas, hispanas, galas o griegas, de las embajadas que fueron recibidas en la ciudad; las italianas. A pesar de la tentación de considerar que dicha distinción pueda haberse realizado con fines propagandísticos, el relato se encuentra desprovisto de cualquier matiz o connotación de ensalzamiento, indicando meramente que unas embajadas fueron recibidas en el trayecto hacia la ciudad y otras en la propia ciudad sin que esto implique una mayor importancia. Asimismo, y sin entrar en la distinción concreta de Justino, consideramos como factible que algunas embajadas fuesen recibidas en el camino y otras en la ciudad sin esto implicar necesariamente una jerarquía. Por tanto, planteamos que tanto la tradición de Arriano como la de Diodoro no son contradictorias sino más bien complementarias.

En cuanto a las embajadas participantes, los listados de Diodoro, Arriano y Justino no son exactamente idénticos. Arriano establece que su fuente es Tolomeo y Aristóbulo<sup>103</sup> mientras que se especula que para Diodoro y Justino hubiera sido Clitarco<sup>104</sup>, aunque para investigadores como Ferjaoui<sup>105</sup> no seguirían a Clitarco sino que se consolidarían como simples invenciones. En nuestra opinión, si bien Ferjaoui acierta al observar que las listas no son idénticas, consideramos que se deshace prematuramente de la comparación literaria,

<sup>99</sup> Arr. *An.* VII. 14, 6; VII. 15, 3-6.

<sup>100</sup> Green 1991: 444; Domínguez Monedero 2013: 227.

<sup>101</sup> Barceló 2011: 294, ref. 28.

<sup>102</sup> Just. *Epit.* XII. 13, 1-2.

<sup>103</sup> Arr. *An.* VII. 15, 6.

<sup>104</sup> Tarn 1948: 374-478.

<sup>105</sup> Ferjaoui 1993: 66.

pudiendo comprobar que, a pesar de sus diferencias, las tres tradiciones otorgan una visión de conjunto donde se pretende establecer que prácticamente todo el orbe habitado acudió a la corte de Alejandro. Una suerte de soberano del mundo<sup>106</sup>. Siguiendo esta línea, el interrogante indiscutible que surge es, ¿la cuestión de las embajadas existió realmente o se trató de una argucia literaria con el objetivo de difundir propagandísticamente la idea del monarca universal?

Las primeras embajadas mencionadas por Diodoro son las asiáticas “*Ἀσίας*”, información difícilmente discutible pues Alejandro era, indudablemente, el nuevo señor de Asia. A continuación, el escritor griego menciona las embajadas africanas “*Λιβύης*”, narrativa ratificada por Arriano y Justino<sup>107</sup>, donde encontramos a los cartagineses “*Καρχηδόνιοι*”, a los libiofenicios “*Λιβυφοίνικες*” y a todos aquellos que habitaban la costa hasta las columnas de Heracles, Hispania<sup>108</sup> “*καὶ πάντες οἱ τὴν παράλιον οἰκοῦντες μέχρι τῶν Ἡρακλείων στηλῶν*”. A nuestro parecer, que las tradiciones literarias coincidan de manera unánime en la existencia de estas embajadas africanas e hispanas plantea la posibilidad de su existencia. Asimismo, si bien para el caso africano (especialmente cartaginés) puede vislumbrarse una explicación, como veremos, la respuesta a la existencia de las embajadas hispanas nos es completamente desconocida. Aunque algunos autores como Brian Bosworth, Peter Green o Adolfo Domínguez Monedero plantean la amenaza mediterránea (Últimos Planes) como motor explicativo de dichas delegaciones<sup>109</sup>, tesis que no compartimos por la imposibilidad de su certeza.

De igual modo, Diodoro propone la existencia de embajadas europeas “*Ευρώπης*”, incluyendo a griegos “*Ἑλλήνων*”, macedonios “*Μακεδόνες*”, ilirios “*Ἰλλυριοὶ*” y gentes del Adriático “*Ἀδριαίων*”, a lo que Justino añade la región de la Galia “*Gallia*” y también las islas de

<sup>106</sup> Barceló 2000: 45-57.

<sup>107</sup> Arr. An. VII. 15, 4; Just. Epit. XII. 13, 1.

<sup>108</sup> Arriano concreta en celtas e iberos “*Κελτοὺς καὶ Ἰβηρας*”.

<sup>109</sup> Bosworth 1988: 166; Green 1991: 469; Domínguez Monedero 2013: 227. De hecho, dar credibilidad a estas hipótesis implicaría no sólo certificar que dichos Últimos Planes eran ciertos, sino que eran conocidos por todo el Mediterráneo.



Sicilia y Cerdeña “*Sardinia*”. Parece probable que las ciudades griegas enviasen sus legaciones para reunirse con el macedonio, no sólo porque su destino hacía tiempo se encontraba ligado intrínsecamente a la figura de Alejandro sino porque el reciente decreto de los Exiliados<sup>110</sup>, que tantas preocupaciones había causado en Grecia, es mencionado explícitamente como último motivo de auditoría con el monarca<sup>111</sup>. Por otro lado, la mención a una embajada proveniente de Macedonia ha sido cuestionada por autores como Ferjaoui pues: “ils n’auraient pas envoyé une ambassade à leur prope roi”, una afirmación que cobra solidez argumentativa cuando la mención macedonia es omitida en las narrativas de Arriano y de Justino<sup>112</sup>. En cuanto a las embajadas balcánicas, es bastante probable que enviasen delegaciones debido al caos imperante en la región después de que Zopirión, general y gobernador de Alejandro en Tracia, fuese aniquilado junto a su ejército<sup>113</sup> y un príncipe odrisio, Seutes, organizase una rebelión en favor de su independencia<sup>114</sup>.

Asimismo, existen algunos problemas interpretativos en la narrativa de Justino. Primeramente, la referencia directa a la Galia implica el empleo de una terminología inexistente en la época de Alejandro. Sin embargo, esta eventualidad podría deberse a un ajuste onomástico empleado por el autor para adecuar el relato a su tiempo, unos presupuestos que Ferjaoui no contempla pues considera la referencia como falsa<sup>115</sup>. En cualquier caso, el posible desliz de Justino quedaría justificado, en contra de la opinión de Ferjoui, por su imprecisión, encontrando el respaldo en la mención de Diodoro a los “*Γαλατῶν*” (“Gálatas”). Se trata de un pueblo de origen galo que se asentó en la región de Anatolia<sup>116</sup>, Asia Menor y, por tanto, se encontrarían dentro de los dominios de Alejandro, dando una mayor viabilidad

<sup>110</sup> D. S. XVIII. 8, 4.

<sup>111</sup> D. S. XVII. 113, 3. Bosworth 1988: 224; Heckel y Yardley 2004: 86; Dimitriev 2004: 348-381; Heckel 2010: 191-195.

<sup>112</sup> Ferjaoui 1993: 66

<sup>113</sup> Curt. X. 1, 44; Just. Epit. XII. 2, 16-17

<sup>114</sup> D. S. XVIII. 14, 2; Curt. X. 1, 45.

<sup>115</sup> Ferjaoui 1993: 66.

<sup>116</sup> Paus. I. 3, 5; I. 4, 1-6; I. 7, 2.

a la propuesta narrativa. En segundo lugar, resulta sugestivo que Justino referencie en su texto de manera directa a Cerdeña, una isla sobre la que los cartagineses realizaron numerosas campañas militares<sup>117</sup>, obteniendo el control sobre la región, que nunca resultó del todo pleno, y emplearon a modo de almacén alimenticio, comercial y militar<sup>118</sup>. En base a estas cuestiones, Cerdeña no era una “*civitas*” en el año 323 a.C. sino una posesión cartaginesa, y lo seguiría siendo hasta el 238 a.C.<sup>119</sup>. En consecuencia, si somos conocedores de una embajada originaria de la ciudad tunecina, ¿por qué Justino mencionaría explícitamente una región bajo dominio cartaginés? Este interrogante puede ser respondido, por irritable que pueda resultar, con la argumentación propagandística de los supuestos Últimos Planes y la condición de monarca universal, aunque también se podría razonar que Justino cometió un error narrativo al escribir dicho fragmento. Del mismo modo, y en búsqueda de una respuesta más convincente, podría darse por cierto el relato y considerar que algunas de las regiones que no se encontraban bajo dominio cartaginés, bolsas de resistencia en las montañas de Barbagia o de Galura<sup>120</sup>, acudieron a la corte de Babilonia. Una hipótesis que presentamos sin mucha confianza por la relativa irrelevancia de estos pueblos, configurándose con mayor firmeza el factor propagandístico o el error del propio escritor.

En cuanto a las embajadas originarias del Adriático, propuestas por Diodoro, o las italianas, planteadas por Justino, encuentran su concreción en Arriano, señalando a los brucios “*Βρέττιοι*”, los lucanos “*Λευκανοί*” y los tirrenos “*Τυρρηνοί*”<sup>121</sup>. En esta línea, tal y como señala acertadamente Bosworth, los brucios y los lucanos poseían argumentos de peso para enviar una delegación puesto que guerrearon largo tiempo con Alejandro I de Epiro<sup>122</sup>, familiar de Alejandro III de Macedonia,

<sup>117</sup> Just. *Epit.* XIX. 1, 1-7.

<sup>118</sup> Pol. I. 10, 6 ; I. 79 ; D. S. XI. 20, 4; XIV. 63, 3-4; XIV. 77, 6; XIV. 95, 1.

<sup>119</sup> Pol. I. 8.

<sup>120</sup> Huss 1993: 38; Hoyos 2010: 47.

<sup>121</sup> Arr. *An.* VII. 15, 4.

<sup>122</sup> Llegando a asesinarlo en el 331-330 a.C.

pudiendo significar un pretexto suficiente de agresión o invasión por parte del macedonio<sup>123</sup>. En lo referente a los tirrenos (etruscos)<sup>124</sup>, *a priori*, no disponían de ningún pretexto para enviar una embajada. No obstante, se habían producido protestas, concretamente en Atenas, sobre la crueldad ejercida por la piratería etrusca<sup>125</sup>, unas noticias que muy probablemente Alejandro recibió de mala manera, o bien por medio de las noticias atenienses o bien a través de un numeroso grupo de celtas originarios del Adriático que se unió a su expedición<sup>126</sup>.

Finalmente nos gustaría abordar la posible existencia de una embajada romana en Babilonia, acontecimiento narrado por Arriano<sup>127</sup> con gran escepticismo. El autor heleno hace responsables de estas informaciones a los historiadores de Alejandro: Aristón y Asclepiades, reduciendo su credibilidad al destacar que Tolomeo y Aristóbulo no mencionan tal embajada y, además, indicando su desconfianza absoluta en la existencia de dicha embajada “καὶ τοῦτο οὐτε ὡς ἀπρεκὲς οὐτε ὡς ἄπιστον πάντη ἀνέγραψα”<sup>128</sup>. El interrogante propuesto por Arriano no hace sino ampliarse cuando Plinio<sup>129</sup> indica que fue Clitarco<sup>130</sup> quien introdujo la cuestión de la embajada romana en las historias de Alejandro. Siguiendo estos presupuestos, nos encontramos con que Clitarco es, probablemente, la fuente perdida que mayor trascendencia ha tenido en toda la literatura conservada. Asimismo, las cuestiones relacionadas con su datación y obra son, cuanto menos, confusas, alcanzando pocos datos concluyentes como que la credibilidad y rigurosidad no fueron herramientas primarias en la creación de su obra<sup>131</sup>. En cualquier caso, e intentando dar respuesta al interrogante de la

<sup>123</sup> Bosworth 1988: 166.

<sup>124</sup> Str. V. 2, 1-2.

<sup>125</sup> Str. VI. 2, 2; X, 9.

<sup>126</sup> Str. VII. III, 8.

<sup>127</sup> Arr. *An.* VII. 15, 5-6.

<sup>128</sup> “He recogido esto en mi historia, aunque sin considerarlo plenamente cierto ni incuestionablemente inventado”.

<sup>129</sup> Plin. *HN.* III. 57.

<sup>130</sup> FGrHist 137.

<sup>131</sup> Badian 2012 (1965): 113-119; Prandi 1996; Bosworth 1997: 211-224; Parker 2009: 28-55; Prandi 2012: 15-26.

embajada romana, las menciones de Arriano y Plinio podrían indicar que Diodoro siguió una fuente diferente<sup>132</sup>. Sin embargo, también consentiría argumentar que Diodoro escogió deliberadamente omitir el acontecimiento por su falta de credibilidad en el suceso<sup>133</sup>. Algunos autores como Victor Parker consideran que Plinio no entendió lo que estaba escribiendo al seguir a Clitarco<sup>134</sup>, no obstante, y tal y como establece Luisa Prandi, aún no se ha demostrado la falsedad de la aportación de Plinio<sup>135</sup>. En resumidas cuentas, la cuestión de la embajada romana no resulta una incógnita fácil de despejar debido a la incapacidad de las fuentes para otorgar respuestas, un asunto similar al generado con los Últimos Planes. A nuestro juicio, la existencia de embajadas itálicas en Babilonia, tal y como hemos precisado, no descartaría la posibilidad de llegada de una delegación romana<sup>136</sup>, o incluso como miembros de la comisión etrusca. Asimismo, podríamos establecer que la embajada romana no existió, careció de importancia, o incluso llegó tras la muerte de Alejandro<sup>137</sup>, siendo omitida por Tolomeo y Aristóbulo. Sin embargo, se puede proponer con convicción que la predicción de Alejandro sobre un futuro glorioso romano es fruto de una intoxicación literaria que no se corresponde con la realidad histórica al implementar connotaciones anacrónicas<sup>138</sup> de las que Arriano hizo bien en no confiar.

En conclusión, el estudio de las fuentes conservadas nos permite proponer, con una relativa certeza, que algunas embajadas acudieron a la corte real de Babilonia, entre las que encontraríamos: las delegaciones asiáticas, los representantes griegos, las embajadas africanas, las comitivas itálicas o las legaciones balcánicas. De igual modo, el mismo estudio mantiene en un limbo especulativo excesivamente grande la existencia de algunas otras embajadas, donde destacan: los represen-

<sup>132</sup> Prandi 1996: 136.

<sup>133</sup> Bosworth 1997: 223.

<sup>134</sup> Parker 2009: 52-54.

<sup>135</sup> Prandi 2012: 17.

<sup>136</sup> Nenci 1958: 260-281.

<sup>137</sup> Bosworth 1988: 167.

<sup>138</sup> Sordi 1965: 445-452.

tantes hispanos, la comitiva romana, las delegaciones de Cerdeña o la embajada macedonia. En suma, obtenemos un marco narrativo primigenio que recoge la realidad de la llegada de una serie de embajadas a la corte de Alejandro, suceso histórico que es puesto a disposición de la propaganda, independientemente de si se trató de la propaganda oficial o de la fabulación posterior, para remarcar una serie de connotaciones ajenas al acontecimiento histórico: Alejandro como señor del orbe. En este sentido, no negamos la verosimilitud del componente propagandístico, pues las embajadas eran plenamente conscientes de la posición de Alejandro como monarca más poderoso de Asia y Europa, siendo inequívocamente uno de los motivos por los cuales acudieron. Pese a ello, necesariamente debemos precisar que la mención a ciertas delegaciones de dudosa veracidad implica una intoxicación del texto original en pos de acrecentar el componente propagandístico<sup>139</sup>. En este contexto, y una vez precisada la cuestión de las embajadas, nos gustaría tratar el asunto referente a los emisarios cartagineses.

De entre los distintos argumentos que pueden ser esgrimidos para constatar la certeza de la comitiva cartaginesa en Babilonia destaca, por encima del resto, su condición de vecindad. Al respecto, Curcio recoge en su obra un pasaje referido a la existencia de un tratado de paz entre Cirene y Alejandro:

*Ergo cum iis, quos ducere secum statuerat, secundo amne descendit ad Mareotin paludem. Eo legati Cyrenensium dona attulere pacem et, ut adiret urbes suas, petentes. Ille donis acceptis amicitiaque coniuncta destinata exequi pergit*<sup>140</sup>.

<sup>139</sup> La constatación de la injerencia propagandística se observa en Arriano: Arr. An. VII. 19, 6. y Estrabón: Str. XVI. 1, 11. Ambos autores siguen a Aristóbulo y, mientras que Estrabón propone que todas las embajadas del mundo acudieron menos la de Arabia, Arriano concreta que acudieron todas las de aquella región.

<sup>140</sup> “Así, navegó río abajo hasta el lago Mareotis junto a los hombres que había decidido llevarse consigo. Allí, una embajada de Cirene le trajo regalos, al tiempo que solicitaba tanto la paz como que visitará sus ciudades. Alejandro, después de aceptar los regalos y sellar la paz, prosiguió con el viaje que se había propuesto” Curt. IV. 7, 9.

El tratado acopiado por el autor latino tuvo lugar en el 331 a.C. en Paretonio, cerca de la laguna Mareotis, cuando Alejandro marchaba hacia el templo de Siwa. Primeramente, nos gustaría remarcar que esta embajada cirenea supondría un precedente en Arriano de las futuras delegaciones que recibiría Alejandro en el camino hacia Babilonia. En segundo lugar, el tratado constituye un caso auténticamente excepcional en relación al resto de ciudades griegas<sup>141</sup>. El fragmento ha propiciado que algunos autores, como Gómez Espelosín, consideren probable que, mediante el pacto, Alejandro pretendiera emplear la región de la Cirenaica a modo de anclaje para su expedición occidental una vez hubiera dado por concluidos sus proyectos en Oriente, una especulación que no parece del todo descabellada tanto por la rareza del pacto como por contar con algunos precedentes<sup>142</sup>. No obstante, y del mismo modo que hemos ido señalando a lo largo del presente análisis, nos parece que la cuestión de los Últimos Planes es una herramienta que, independientemente de su posible veracidad, no puede ser nunca argumentada de manera única por su excesiva ambigüedad. Al respecto, consideramos que la rareza del tratado debe enfocarse desde dos factores esenciales: la rapidez y el ajuste contextual a los intereses de Alejandro.

En primer lugar, la narrativa de Curcio carece de adornos, detalles e incluso intoxicaciones externas, planteando que los Cireneos llevaron regalos a Alejandro al tiempo que le solicitaban tanto la paz como visitar sus ciudades “*Eo legati Cyrenensium dona attulere pacem et, ut adiret urbes suas, petentes*”<sup>143</sup>. De las tres acciones referidas por los cireneos: regalos, paz y desplazamiento, Alejandro realizó únicamente dos “*Ille donis acceptis amicitiaque*”<sup>144</sup>, no indicando en ningún momento la visita a las ciudades cireneas. En otras palabras, la narrativa de Curcio propone que Alejandro aceptó los regalos y la paz para, inmediatamente después, retomar el camino hacia Siwa. En suma, el

<sup>141</sup> Huss 1993: 113.

<sup>142</sup> Gómez Espelosín 2007: 324. Arr. *An.* I. 3, 6-8.

<sup>143</sup> “Allí, una embajada de Cirene le trajo regalos, al tiempo que solicitaba tanto la paz como que visitará sus ciudades”.

<sup>144</sup> “Después de aceptar los regalos y sellar la paz”.

primer argumento que rige la firma de un tratado de paz en condiciones tan sumamente extrañas entre Alejandro y una ciudad griega es el contexto, la celeridad con la que Alejandro pretendía retomar su proyecto religioso, político y propagandístico de Siwa.

En segundo lugar, encontramos los intereses de Alejandro. Cuando algunos autores como Hamilton, Huss, Bosworth, Gómez Espelosín o Domínguez Monedero tratan la cuestión de vecindad entre Cartago y Alejandro plantean que la Cirenaica se consolida como un puente de acceso hacia occidente<sup>145</sup>. Fundamentalmente, porque la ambigua y debatida problemática de los *Hypomnemata* y de los Últimos Planes ha tenido cierto calado en la comunidad académica a pesar de su inexistencia como suceso histórico ejecutado por Alejandro, permaneciendo ligada a la insufrible especulación literaria. En cualquier caso, es precisamente esa parquedad informativa la que propicia el desenfoque y la descontextualización: el tratado se produjo en el 331 a.C. mientras que los Últimos Planes, de haber existido, corresponden al 323 a.C., incurriendo en el error de atribuir a un Alejandro de 25 años los presuntos pensamientos y proyectos de un monarca de 33 años. En base a lo expuesto, el apresuramiento del pacto podría indicar dos cuestiones añadidas a sus intenciones en Siwa: tanto el interés de Alejandro de retomar la campaña oriental como el desinterés, al menos en el año 331 a.C., sobre las regiones occidentales, un planteamiento que se entrelaza y refuerza con la decisión tomada respecto a la embajada cartaginesa en Tiro un año antes. Del mismo modo, la veracidad del relato podría cuestionarse al no ser recogido por ninguna otra fuente, cuestión solventada por Arriano cuando hace mención a Cirene tanto en el reparto de Egipto<sup>146</sup> como en los bienes procedentes de aquella región conquistada sin guerra<sup>147</sup>. Así, se constata que la celeridad del pacto fue una realidad y la pacificación de la región occidental de Egipto un añadido inesperado pero bien recibido, tal y como indi-

<sup>145</sup> Hamilton 1973: 147; Huss 1979: 121; Bosworth 1988: 67; Gómez Espelosín 2007: 324; Domínguez Monedero 2013: 227.

<sup>146</sup> Arr. *An.* I. 5, 4.

<sup>147</sup> Arr. *An.* VII. 9, 8.

ca la sencillez y premura del tratado. En suma, los registros literarios constatan que el tratado entre Alejandro y los cireneos existió, produciéndose de manera rápida e inesperada y siendo aceptado por Alejandro como una medida positiva en cuanto a la pacificación de la retaguardia se refiere, desarticulando argumentos dudosos sobre la cuestión occidental. Igualmente, la veracidad del relato implica la necesidad, casi obligatoriedad, de los cartagineses de acudir a audiencia con el rey en Babilonia, más aún cuando Alejandro había finalizado las incursiones por la zona extremo oriental de Sogdiana y la India<sup>148</sup>.

A este primer argumento de vecindad vendría a sumarse la cuestión de Tiro. Algunos autores como Hamilton o Bosworth han justificado la presencia cartaginesa en Babilonia como una especie de búsqueda del perdón por los crímenes cometidos, argumento al que añan la falaz declaración de guerra que Alejandro entregó a la ciudad africana<sup>149</sup>. En base a lo expuesto en el presente trabajo, la cuestión de Tiro permite proponer una relación incipiente y de mutuo respeto, al menos aparente, entre Cartago y Alejandro, unos planteamientos que adquieren aún mayor validez con la cuestión de la embajada. Al respecto, y tal y como señala Green<sup>150</sup>, es curioso a la par que significativo la ausencia de una delegación vecina tan cercana como Arabia. La inexistencia de dicha embajada implicó la negativa de Arabia de someterse al dominio de Alejandro, un pretexto más que suficiente de *casus belli* que indica el inminente comienzo de las hostilidades<sup>151</sup>, planteamientos confirmados por el propio Arriano<sup>152</sup>. Siguiendo estos presupuestos, podemos considerar que en el 323 a.C. Alejandro no tenía planes específicos para la conquista de Cartago. Es decir, que a pesar del calado académico del que han gozado los Últimos Planes<sup>153</sup>, la realidad entregada por las

<sup>148</sup> No necesariamente debemos relacionar esta cuestión con los ambiguos Últimos Planes sino con la indefinición de sus próximos proyectos: Nawotka 2010: 366. Igualmente: Antela Bernárdez 2016: 117-155.

<sup>149</sup> Hamilton 1973: 147; Bosworth 1988: 67.

<sup>150</sup> Green 1991: 470.

<sup>151</sup> Bosworth 1998: 152-155.

<sup>152</sup> Arr. An. VII. 19, 6; VII. 20, 1.

<sup>153</sup> Stoneman 2001: 92-94.



fuentes es que Cartago, a diferencia de Arabia, ni muestra desprecio en las relaciones con el monarca macedonio ni es configurado como un objetivo de conquista inmediato, ya no sólo por su recibimiento en Babilonia sino porque Cartago aceptó su posición de subordinación, relevando definitivamente al plano especulativo el discernir si en un futuro dicha campaña se produciría. Igualmente, que el caso de Arabia confirme las relaciones de no beligerancia entre Cartago y Alejandro no implica que debemos descartar el rescate de Tiro como un motivo más para la realización de la comitiva diplomática. No tanto por su significación histórica como para evitar que, en un futuro incierto, el macedonio se viese tentado de rescatar el suceso con unas connotaciones negativas de las que careció para ser empleado a modo de *casus belli* propagandístico.

De igual modo, y en tercer lugar, no podemos obviar que la embajada fuese enviada por la simple realidad del contexto: Alejandro era el nuevo señor de Asia y de Europa. Condición que permite emplazar al monarca como el hombre más poderoso del mundo<sup>154</sup>, evitando así el desplante personal que sí cometió Arabia. A estos argumentos podrían añadirse otros cuya veracidad histórica nos es desconocida, permaneciendo en el plano estrictamente teórico: cuestiones fronterizas, mediación en conflictos, entrega de regalos, propuestas comerciales o, incluso, la incipiente sombra de la conquista occidental. En conclusión, las fuentes literarias confirman la existencia de la embajada cartaginesa en Babilonia, comitiva cuyos propósitos esenciales fueron: reconocer y ensalzar la posición dominante de Alejandro como rey de Asia y de Europa, consolidar unas relaciones iniciadas con anterioridad en los mejores términos posibles debido a su condición de vecindad y, finalmente, congraciarse con el monarca lo máximo posible para sortear el posible resurgir propagandístico de un acontecimiento de rescate civil, exento de connotaciones hostiles, que pudiera ser empleado a modo de *casus belli* justificativo.

<sup>154</sup> Barceló 2011: 294.

## CONCLUSIONES

En base a lo expuesto y analizado en el presente trabajo, sostenemos que Cartago y Alejandro mantuvieron una serie de contactos desprovistos de los matices de odio, desprecio y conquista tradicionalmente asumidos por las corrientes académicas. El estudio de Tiro permite vislumbrar unas relaciones incipientes desarrolladas en términos de aparente mutuo respeto donde ninguna de las dos partes, independientemente de cuales fueran sus motivaciones, buscaron la confrontación o la hostilidad. De igual modo, las fuentes conservadas proponen una continuación de dichas relaciones mediante el empleo del espionaje cartaginés en el ejército de Alejandro, relatos excesivamente intoxicados como para ser tenidos en cuenta de manera fehaciente. En cualquier caso, estas corruptas menciones podrían reflejar, en su trasfondo, lo que sin duda fue un mayor interés de Cartago por conocer las decisiones político-militares de Alejandro, especialmente entendible después del tratado con la Cirenaica, de la anexión de Egipto y de la destrucción de Tiro. Finalmente, las relaciones entre Cartago y Alejandro son concretadas en la embajada recibida por el monarca en el 323 a.C., una embajada motivada por tres factores esenciales: la muestra de subordinación de Cartago debido a la posición hegemónica de Alejandro en Asia y Europa, la condición de vecindad y el intento de evitar una justificación propagandística bélica del rescate civil de Tiro, junto con otros posibles argumentos imposibles de concretar. Asimismo, y frente al tozudo silencio de las fuentes, la cuestión de Arabia permite proponer que Cartago fue recibida, sin aventurarnos a considerar unos términos de afecto y amistad, en un escenario donde imperaba una relativa cordialidad, situación generada por su condición de frontera occidental. Dicho recibimiento evidenciaría la inexistencia, al menos en aquellos momentos, tanto de una hostilidad personal o institucional como de unos planes militares específicos contra la ciudad africana. En última instancia, a pesar del sistemático análisis de las fuentes conservadas realizado en el presente trabajo, consideramos que la parquedad de las fuentes impide presentar un análisis del todo concluyente, únicamente

el tiempo y las futuras propuestas científicas lograrán otorgar viabilidad a la presente hipótesis planteada.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANTELA BERNÁNDEZ, B. 2012. “Alejandro Magno, poliorcetes”. En: VIDAL, J. y ANTELA BERNÁNDEZ, B. (eds.), *Fortificaciones y guerra de asedio en el mundo antiguo*. Zaragoza, Pórtico, 77-134.
- ANTELA BERNÁNDEZ, B. 2016. “Tracia, Sogdiana, India. Alejandro Magno y las políticas de frontera”. En: GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. y ANTELA BERNÁNDEZ, B. (eds.), *El imperio de Alejandro. Aspectos geográficos e historiográficos*. Alcalá de Henares, Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 117-155.
- AUBET SEMMLER, M.E. 2009. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona, Bellaterra Arqueología.
- BADIAN, E. 2012. 1965. “The Date of Clitarchus”. En: *A Collected Papers on Alexander the Great*. New York, Routledge, 113-119.
- BADIAN, E. 2012. 1968. “A King’s Notebooks”. En: *A Collected Papers on Alexander the Great*. New York, Routledge, 174-192.
- BADIAN, E. 2012. 1988. “The Ring and the Book”. En: *A Collected Papers on Alexander the Great*. New York, Routledge, 325-337.
- BARCELÓ, P. 1994. “The Perception of Carthage in Classical Greek Historiography”. En: *Acta Classica* 37, 1-14.
- BARCELÓ, P. 2000. “Alejandro Magno, de rey macedónico a monarca universal”. En: ALVAR, J. y BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (eds.), *Alejandro Magno: hombre y mito*. Madrid, Editorial Actas, 45-57.
- BARCELÓ, P. 2011. *Alejandro Magno*. Madrid, Alianza Editorial.
- BAYNHAM, E. 2003. “The Ancient Evidence for Alexander the Great”. En: ROISMAN, J. (ed.), *Brill’s Companion to Alexander the Great*. Leiden - Boston, Brill, 3-30.
- BLOEDOW, E. 2003. “Why did Philip and Alexander Launch a War against the Persian Empire?”. En: *L’antiquité classique* 72, 261-274.
- BONNET, C. 1988. *Melqart. Cultes et Mythes de l’Héraclès Tyrien en Méditerranée*. Studia Phoenicia VIII. Leuven, Peeters.

- BONNET, C. 2005. “Carthage, l’-autre nation- dans l’historiographie ancienne et moderne”. En: *Anabases* 1, 139-160.
- BONNET, C. 2018. “Phoenician identities in Hellenistic times: strategies and negotiations”. En: CRAWLEY QUINN, J. y VELLA N. C. (eds.), *The Punic Mediterranean. Identities and identification from Phoenician Settlement to Roman Rule*. Cambridge, Cambridge University Press, 282-298.
- BOSWORTH, A.B. 1988. *Conquest and Empire. The reign of Alexander the Great*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BOSWORTH, A.B. 1997. “Review-Discussion in Search of Cleitarchus”. En: *Histos* 1, 211-224.
- BOSWORTH, A.B. 1998. *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph*. Oxford, Clarendon Press.
- BRIANT, P. 2010. *A Short Introduction. Alexander the Great and His Empire*. Princeton, Princeton University Press.
- CARNEY, E. 2000. “Artifice and Alexander History”. En: BOSWORTH, A.B. y BAYNHAM, E.J. (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*. Oxford, Oxford University Press, 263-285.
- CARTLEDGE, P. 2009. *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*. Barcelona, Crítica - Ariel.
- CIOCARLIE, A. 2011. “L’image des Carthaginois dans la littérature latine”. En: *Ephemeris Dacoromana: Annuario della Scuola Romana di Roma* 13, 77-113.
- CRAWLEY QUINN, J. 2011. “The Cultures of the Tophet: Identification and Identity in the Phoenician Diaspora”. En: GRUEN, E.S. (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*. Los Ángeles, Getty Research Institute, 388-413.
- DE SIMONE, R. 2018. “La scrittura cartaginese nel Mediterraneo centrale. Funzioni e contesti”. En: Byrsa: *Scritti sull’Ántico Oriente Mediterraneo* 33-34, 79-88.
- DIMITRIEV, S. 2004. “Alexander’s Exiles Decree”. En: *Klio* 86, 348-381.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. 2013. *Alejandro Magno*. Madrid, Silex.
- ELAYI, J. 1981. “The Relations between Tyre and Carthage during the Persian Period”. En: *Journal of the Ancient Near Eastern Society* 13, 15-29.
- FERJAOUI, A. 1993. *Recherches sur les relations entre l’Orient phénicien et Antiquo Oriente, volumen 19, 2021, pp. 193–232.*

- Carthage*. Zurich, University of Zurich Open Repository and Archive.
- FLOWER, M. 2000. "Alexander the Great and Panhellenism". En: BOSWORTH, J. y BAYNHAM, E. (eds.), *Alexander the Great in fact and fiction*. Oxford, Oxford University Press, 96-135.
- FGrHist = WORTHINGTON, I, MAIER, F.K., SCHORN, S. and GEHRKEM H.-J. (eds.). 2007. *Jacoby Online*. Fragmente der Griechischen Historiker. Leiden, Brill. <<https://brill.com/view/db/bnjo>>.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. 2007. *La leyenda de Alejandro. Mito, Historiografía y Propaganda*. Alcalá de Henares, Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. 2015. *En busca de Alejandro. Historia de una Obsesión*. Alcalá de Henares, Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares.
- GRAINER, J.D. 1991. *Hellenistic Phoenicia*. Oxford, Oxford University Press.
- GREEN, P. 1989. "Caesar and Alexander: Aemulatio, Imitatio, Comparatio". En: *Classical Bearings, Interpreting Ancient History and Culture*. California, University of California Press, 193- 209.
- GREEN, P. 1991. *Alexander of Macedon 156-323 B. C. A Historical Biography*. Los Angeles, University of California Press.
- GRUEN, E. 2011. *Rethinking the Other in Antiquity*. Princeton, Princeton University Press.
- GSELL, S. 1918. *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord: Histoire militaire de Carthage*. Vol. 3. Paris, Librairie Hachette.
- HAMILTON, J.R. 1973. *Alexander the Great*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- HAMMOND, N.G.L. 1993. *Sources for Alexander the Great. An Analysis of Plutarch's Life and Arrian's Anabasis Alexandrou*. Cambridge, Classical Studies.
- HAMMOND, N.G.L. 2004. *El genio de Alejandro*. Buenos Aires, Vergara.
- HAMPL, F. 1953. "Alexanders des Grossen Hypomnemata und letzte Pläne". En: *Studies Presented to D. M. Robinson*. Vol. 2. St. Louis, Washington University Press, 816-829.
- HASSINE FANTAR, M. 1998. "À propos de la presence des grecs à Carthage". En: *Antiquités Africaines* 34, 11-19.

- HATZOPOULOS, M.B. 1997. “Alexandre en Perse : La revanche et l’empire”. En: *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 116, 41-52.
- HECKEL, W. 2002. *The Wars of Alexander the Great 336-323 B.C.* Oxford, Osprey Publishing.
- HECKEL, W. 2010. *Las Conquistas de Alejandro Magno.* Madrid, Gredos.
- HECKEL, W. y YARDLEY, J.C. 2004. *Alexander the Great. Historical Sources in Translation.* Oxford, Blackwell Publishing.
- HINZ, V. 1998. *Der kult von Demeter und Kore auf Sizilien und in Der Magna Graecia* (Palilia). Vol. 4. Wiesbaden, Reichert Verlag.
- HORNBLOWER, J. 1981. *Hieronymus of Cardia.* Oxford, Oxford University Press.
- HOYOS, D. 2010. *The Carthaginians.* New York, Routledge.
- HUNT, P. 2009. “The Locus of Carthage: Compounding Geographical Logic”. En: *The African Archeological Review* 26, 137-154.
- HUSS, W. 1979. “Die Beziehungen zwischen Karthago und Ägypten in Hellenistischer Zeit”. En: *Ancient Society* 10, 119-137.
- HUSS, W. 1993. *Los Cartagineses.* Madrid, Gredos.
- KRINGS, V. 1994. *La Civilisation Phénicienne et Punique. Handbook of Oriental Studies. The Near and middle East.* Vol. 20. Leiden - Boston, Brill.
- LANCEL, S. 1994. *Cartago.* Barcelona, Crítica.
- LANE FOX, R. 2007. *Alejandro Magno, conquistador del mundo.* Madrid, El Acantilado.
- MELLITI, K. 2006. “Religion et Hellénisme à Carthage : la politique aristocratique à l’épreuve”. En: *Pallas* 70, 381-394.
- NAWOTKA, K. 2010. *Alexander the Great.* Cambridge, Cambridge Scholars Publishing.
- NAWOTKA, K., ROLLINGER, R., WIESEHÖFER, J. y WOJCIECHOWSKA, A. 2018. *The Historiography of Alexander the Great. Clasica et Orientalia.* Vol. 20. Wiesbaden, Harrassowitz Verlag.
- NENCI, G. 1958. “L’Amasasceria Romana ad Alessandro”. En: *Introduzione alle Guerre Persiane e altri saggi di Storia Antica. Studi e testi.* Vol. 15. Pisa, La Goliardica, 260-281.

- O'BRIEN, J.M. 1992. *Alexander the Great: The Invisible Enemy*. New York, Routledge.
- PARKER, V. 2009. "Source-Critical Reflections on Cleitarchus' work". En: WHEATLEY, P. y HANNA, R. (eds.), *Alexander and his Successors. Essays from the Antipodes*. California, Regina Books, 28-55.
- PÉDECH, P. 1984. *Historiens Compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*. Paris, Les Belles Lettres.
- PICARD, G.C. y PICARD, C. 1961. *Daily Life in Carthage at the Time of Hannibal*. London, George Allen and Unwin LTD.
- PICCALUGA, G. 1983. "Fondare Roma, Domare Cartagine". En: *Atti del primo Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Vol. 1. Roma, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 409-424.
- PRANDI, L. 1996. *Fortuna e Realtà dell'opera di Clitarco*. Stuttgart, Franz Steiner Verlag.
- PRANDI, L. 2012. "New Evidence for the Dating of Cleitarchus (Poxy LXXI. 4808)?" En: *Histos* 6, 15-26.
- RAWLINGS, L. 2005. "Hannibal and Hercules". En: RAWLINGS, L. y BOWDEN, H. (eds.), *Herakles and Hercules. Exploring a Graeco-Roman Divinity*. Wales, Wales University Press, 153-184.
- SAID, E. 1977. *Orientalism*. London, Penguin Books.
- SAN JOSÉ CAMPOS, C. 2020. "La Imitatio Alexandri de Aníbal Barca". En: *Studia Historica. Historia Antigua* 38, 21-48.
- SAN JOSÉ CAMPOS, C. 2021a. "Cartago en el contexto helenístico: procesos y consideraciones". En: *Cartagine. Studi e Ricerche* 6, 1-40.
- SAN JOSÉ CAMPOS, C. 2021b. "Alexander the Great in Perspeolis". En: *Karanos: Bulletin of Ancient Macedonian Studies* 4, 13-33.
- SEIBERT, J. 1998. "Panhellenischer- Kreuzzug, Nationalkrieg, Rachezug oder makedonischer Eroberungskrieg? Überlegungen zu den Ursachen des Krieges gegen Persien". En: WILL, W. (ed.). *Alexander der Große. Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*. Bonn, Vorträge des Internationalen Bonner Alexanderkolloquiums, 5-58.
- SCHACHEMEYR, F. 1954. "Die letzten Pläne Alexander des Grossen". En: *Jahreshefte des Österreichischen Archeologischen Institutes* 41, 118-140.
- SORDI, M. 1965. "Alessandro e i Romani: Le Ambasceri dei Romani ad Antiquo Oriente, volumen 19, 2021, pp. 193-232.

- Alessandro”. En: *Rendiconti del Vistit Lombardo* 99, 445-452.
- SPENCER, D. 2002. *The Roman Alexander. Reading a Cultural Myth*. Exeter, University of Exeter Press.
- STOCKS, C. 2014. *The Roman Hannibal. Remembering the Enemy in Silius Italicus Punica*. Liverpool, University of Liverpool Press.
- STONEMAN, R. 2001. *Alexander the Great*. London - New York, Routledge.
- TARN, W.W. 1921. “Alexander's ὑπομνήματα and the ‘World-Kingdom’”. En: *The Journal of Hellenic Studies* 41, 1- 17.
- TARN, W.W. 1948. *Alexander the Great*. Vol. 1-2. Cambridge, Cambridge University Press.
- THIEL, J. H. 1954. “Punica Fides”. En: *Nieuwe Reeks*, 17, 259-280.
- ZAMBRINI, A. 2007. “The Historians of Alexander the Great”. En: MARINCOLA, J. (ed.), *A Companion to the Greek and Roman Historiography*. Oxford, Blackwell Publishing, 210-220.